

que el respeto por ellos constituya un imperativo de las medidas antiterroristas". Sintéticamente sugiere lo que Noam Chomsky: no responder al terrorismo con más terrorismo.

Como el SIDA, el narcotráfico, la contaminación ambiental, entre otros males que aquejan al planeta, el terrorismo internacional ha vuelto vulnerables a las sociedades indefectiblemente interconectadas e interdependientes. De ahí que para combatirlo sea menester una efectiva cooperación multinacional y multifuncional tanto en tareas preventivas como reactivas. Sin embargo, también lo es un diálogo intercultural e interconfesional dentro y fuera de las fronteras estatales, entre gentes de diferentes civilizaciones y creencias.

De esta última frase surge una cuestión demás controvertida: tal como se expresa Reinares parece adoptar el concepto de "civilización en plural" y sin embargo, dicta medidas de acción específicamente a las democracias liberales, amén de incluir, como corresponde desde el punto de vista de lo políticamente correcto, a la comunidad internacional. Yo diría que más que conscientemente se acerca a una visión de "civilización en singular". Obsérvese con atención el siguiente párrafo: "...para sus adeptos más fervorosos (de Al Qaeda), la humanidad debe entenderse como dividida entre los creyentes y los demás, es decir los miembros de la umma y el resto, los paganos. Huelga decir que semejante reducción de la política a rígidas pautas de conducta determinadas por preceptos religiosos y a una imagen dicotómica de las sociedades es en sí misma incompatible con los principios y procedimientos de la democracia liberal, de acuerdo con la noción occidental de este tipo de régimen".

Sin embargo, la dicotomía y el maniqueísmo no son características solamente aplicables a los movimientos islámicos radicalizados; durante la campaña para la formación de una coalición internacional para la represalia en Afganistán, los líderes norteamericanos apelaron, y continúan haciéndolo -por no decir que lo hacen desde siempre y por siempre-, a la utilización de expresiones "con nosotros o con el enemigo", "con los civilizados o con los bárbaros", "con los fieles o con los infieles", traducidas en políticas claras que anulan cualquier margen de neutralidad no dejando más que dos opciones: o unirse a Estados Unidos o recibir el mismo tratamiento que los terroristas. El mismo

presidente Bush manifestó: "Lo que está en juego no es simplemente la libertad de Estados Unidos. Esta es la lucha del mundo. Esta es la lucha de la civilización. Esta es la lucha de todos aquellos que creemos en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la libertad".

Así pues, el líder de la civilización Occidental deja prácticamente igual cantidad de opciones que las planteadas por los fundamentalistas islámicos: convertirse en musulmán, vivir bajo el dominio del Islam o ser muerto. Tal como apunta Fernando Reinares al finalizar su obra, se trata de que cualquier persona tenga siempre más de tres opciones, o por qué no decir más de dos, según la lente desde la cual miremos.

Por último, debido tal vez a exigencias editoriales respecto del estilo de redacción y el público a quien va dirigido, la obra se vuelve un relato llano de sucesos y ejemplos empíricos que no responden a una sustentación teórica explícita. Un libro que, por el renombre de su autor, de seguro ha de caer en manos de estudiosos del tema no puede dejar de hacer, cuando procede en el discurrir del texto, breves referencias o citas bibliográficas sobre cuestiones analizadas en profundidad por académicos reconocidos como: Peter Bergen, Gilles Kepel, Walter Laqueur, Mark Juergensmeyer, Ahmed Rashid, todos ellos comprobadamente consultados por el autor y que pudieran resultar sumamente útiles para quienes quisieran recurrir a la fuente de manera directa.

En contraparte, es meritorio el poder de síntesis y la concatenación de explicaciones sobre cuestiones de las cuales existe una abrumadora cantidad de información lo cual tiende a desinformar o conlleva a mal interpretaciones.

Sala Rose, Rosa, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona, Acontilado Quaderns Crema, 2003, 509 pp.

Por Julio Pérez Serrano
(Universidad de Cádiz)

La derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial ha sido recurrentemente interpretada, tanto en los medios académicos como en la memoria colectiva de los ciudadanos, como el triunfo paradigmático de la civilización contra la barbarie. En contraste con los Aliados, comprometidos en la defensa de principios y

valores supremos de la Humanidad, como la libertad y la democracia, la Alemania nazi habría sido vista como la encarnación del mal en la más monstruosa de las pesadillas. Occidente, en una versión interesada y simplista del término¹, habría sobrevivido al ataque infernal e inhumano del nazismo. Alemania y buena parte de Europa, que de un modo u otro había compartido la causa del Tercer Reich (v.g. Francia), podían así reconciliarse con el 'Mundo Libre', en tanto que víctimas de la locura de unos pocos. El juicio de Nuremberg, revestido de toda la liturgia procesal necesaria, se encargó de saldar las cuentas y acotar el radio de las responsabilidades. El ingreso de la República Federal de Alemania –autoproclamada heredera legítima del Tercer Reich²– en la OTAN en 1955 no es más que la prueba de la eficacia del exorcismo de Nuremberg: el diablo había salido del alma alemana..., pero se había refugiado en las estepas al Este.

La evidente flaqueza de esta argumentación no fue obstáculo para que durante décadas el nazismo haya sido contemplado como un fenómeno 'ajeno' a la cultura occidental, más vinculado al comunismo imperante en la Europa del Este, con el que compartiría su naturaleza 'totalitaria' (C. J. Friedrich, W. Ebenstein, J. L. Talmon, E. Nolte, Z. Brzezinski, H. Arendt...). Occidente conservaba así en exclusiva el patrimonio de la ilustración, la democracia y el humanismo, referencias cardinales del discurso del 'Mundo Libre' durante la Guerra Fría. La irracionalidad y la barbarie, los impulsos demoníacos, el mal en sí mismo, pasaban a ser atributos más que posibles de las sociedades de la Europa oriental dominadas por la 'tiranía' soviética. El propio Ronald Reagan justificó su política belicista –la llamada *Guerra de las Galaxias*– por la necesidad de hacer frente al 'Imperio del Mal'. En lógica consecuencia, a este lado de lo que Churchill denominó 'telón de acero', podíamos dormir con la conciencia tranquila, arropados por sólidos valores y creencias, y confiados en la bondad de nuestras instituciones. Estábamos vacunados por la experiencia del nazifascismo.

La caída del Muro de Berlín ha hecho que este discurso autocomplaciente, maniqueo y hasta cierto punto irresponsable, se quiebre. El libro de Rosa Sala, concebido y realizado en las nuevas condiciones de la posguerra fría, lo pone abiertamente de manifiesto. Su sencillo formato es sólo uno de los muchos recursos desplegados por la autora para facilitar el acceso del lector a

una problemática bastante más compleja y actual de lo que en principio su título pudiera darnos a entender. Las setenta voces de este 'diccionario', que no pretende ser exhaustivo ni enciclopédico, aunque sí 'crítico', dejan constancia de las profundas y variadas raíces ideológicas sobre las que se asienta el fenómeno del nacionalsocialismo. Como señala Rafael Agullol en un prólogo que interpreta a la perfección la intencionalidad de esta obra, "la hoguera que incendió Alemania se había alimentado en leños muy diversos y de muy diversas procedencias".

Ciertamente, durante casi sesenta años la conciencia de los europeos había descansado en la seguridad de que el nazismo nos era ajeno. Como una plaga habría azotado Europa y conmocionado nuestra civilización, pero finalmente habíamos logrado erradicarlo. Era preciso, desde luego, mantenerse alerta ante cualquier rebrote, pero ya los síntomas del mal eran bien conocidos: antisemitismo, belicismo, nacionalismo esencialista, irracionalismo, desprecio por las formas democráticas, etc. Aunque se reconocía que el régimen no era perfecto, la superioridad ontológica de la democracia había quedado históricamente demostrada.

El libro de Rosa Sala viene a perturbar la tranquilidad de este sueño y nos devuelve a la realidad. Su recorrido por la genealogía de los principales mitos y símbolos que articulan la cosmovisión del nacionalsocialismo conduce directamente, por insólito que parezca, a las fuentes de la propia 'civilización occidental', de la que éstos emanan siguiendo itinerarios más o menos escabrosos. El cristianismo, la Ilustración, el evolucionismo e incluso el espíritu científico quedan desde este punto de vista comprometidos como proveedores de algunos de los ingredientes que conforman el imaginario nazi. La idea negativa del judaísmo y el enorme peso que la liturgia adquiere en todas sus manifestaciones lo aproximan al cristianismo, aunque ello no es obstáculo para que, como religión política (E. Nolte) o secular (R. Aron), el nacionalsocialismo conecte también con el proceso de secularización promovido por los ilustrados. El racismo, que cuenta con innumerables antecedentes en nuestra cultura, se vio en el caso del nazismo favorecido por la difusión de las ideas evolucionistas en la forma del darwinismo social y por una fe en el progreso científico que, libre de prejuicios igualitarios, permitiera a Alemania el dominio del mundo. Algo a lo que, por otra

parte, con justificaciones más o menos diversas, aspiraban todas las grandes potencias imperialistas de la época.

Los tópicos del universo ideológico nacionalsocialista no eran por tanto originales ni tampoco exclusivos de este movimiento, como tampoco lo eran sus histriónicas representaciones, su machacona propaganda y el uso de la violencia con fines políticos. Todo esto, de una forma u otra, había sido ya experimentado en Europa antes de la llegada de Hitler a la cancillería del Reich. La singularidad del nazismo consistió en llevar a sus últimas consecuencias, teóricas y prácticas, la lógica competitiva sobre la que se asienta todo nuestro sistema social... y haber caído derrotado. En esa lucha, la violencia alcanzó una dimensión y una crueldad hasta entonces desconocidas, no sólo por la perversidad de su ideología, sino porque Alemania disponía de los extraordinarios medios bélicos, de represión y de control que el desarrollo tecnológico había puesto ya a disposición del Estado contemporáneo. El empleo del arma atómica en Hiroshima y Nagasaki, o los bombardeos masivos que arrasaron la ciudad de Dresde ya en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, demuestran que la devastación también podía verse justificada por la defensa de la democracia.

La otra gran aportación que contiene este libro tiene que ver con el presente y es igualmente inquietante. En efecto, el itinerario de los mitos y símbolos empleados por el nazismo no acaba en 1945. Es cierto que una buena parte de sus manifestaciones más agresivas sólo subsiste en el nivel sectario de quienes, tras la derrota de Alemania, continuaron promoviendo el antisemitismo, la fe en la supremacía racial y la cruzada anticomunista. Otras, como el terrorismo de Estado, las guerras preventivas, el imperio mediático o la violencia en el deporte, se nos antojan menos evidentes, aunque igualmente influidas por el legado nazi. No obstante, un análisis más riguroso y profundo permite reconocer la supervivencia de otros muchos elementos menos explícitos de la mitología nazi en expresiones culturales que consideramos propias de la sociedad actual, como el europeísmo, ecologismo, el culto al cuerpo, el turismo de masas, la publicidad, el esoterismo, la prospectiva o la investigación genética.

El imaginario nacionalsocialista, tamizado por la experiencia histórica, se constituye así –aunque nos aterrorice reconocerlo– en una de las variadas fuentes que alimentan nuestro universo mental. La cultura, como producto humano y social, es el resultado de un complejo y contradictorio mestizaje entre aportaciones de muy distinta procedencia que se van colmatando en un dilatado proceso temporal. Quizá por ello, por su carácter humano y por su proximidad en el espacio-tiempo, hubiese sido ingenuo creer que la herencia ideológica del nazismo hubiese podido disiparse sin más. Sus mitos y símbolos continúan estando presentes y, aunque desarticulados y subsumidos en una nueva cosmovisión, ejercen influencia en los comportamientos y actitudes de una sociedad que no siempre es capaz de identificar su genealogía. Este libro es una contribución a la memoria y también una advertencia para eludir los atajos y los cantos de sirena que pudieran volver a conducir a la Humanidad a la barbarie y la guerra. No convendría olvidar lo que se dice en este modesto "diccionario". Las consecuencias podrían ser fatales.

NOTAS

¹ Hoy rescatada por Samuel P. Huntington en su conocida obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires, Paidós, 1997.

² Según una polémica sentencia del Tribunal Constitucional alemán, Cf. García Cotarelo, R., "La República Federal de Alemania", en Lucas Murillo, P. (comp.), *Sistemas políticos contemporáneos*. Barcelona, 1984, 200.

Sánchez Recio, Glicerio y Tascón Fernández, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona, Crítica, 2003, 360 pp.

Por Jesús Romero González
(Universidad de Cádiz)

Hoy llegan hasta mi mesa dos títulos recientes, ambos de Crítica, que, desde perspectivas diferentes, tratan de arrojar luz sobre algunos aspectos poco conocidos, aunque intuitivos y argumentados, de ese primer franquismo. El primero, *Los empresarios de Franco*, que editan Glicerio Sánchez Recio y Julio Tascón Fernández, nos ofrece partes del cuerpo que viene a sostener una idea que ya sabíamos: el dictador necesitó de los empresarios y los empresarios, al menos algunos, necesitaron del